

3. La postura cristiana: ser samaritanos hoy

Ser samaritano hoy implica romper la lógica de la indiferencia. El sacerdote y el levita no hacen el mal directamente, pero pecan por omisión. El cristiano no puede limitarse a “no hacer daño”; está llamado a hacer el bien activamente.

La postura cristiana exige:

- Ver el sufrimiento.
- Detenerse.
- Compadecerse.
- Actuar.



Comprometerse en el tiempo. Como enseña Benedicto XVI:

“El amor al prójimo es una tarea para cada fiel y para toda la comunidad eclesial” (DCE 20).

4. La postura del enfermo: dejarse amar y cuidar

La parábola también ilumina la postura del herido. Él no puede salvarse solo. Representa al enfermo, al vulnerable. Reconocer la fragilidad no es debilidad, sino verdad. El enfermo está llamado a aceptar ser ayudado, confiar y unir su dolor al de Cristo. San Juan Pablo II enseña que el sufrimiento humano ha adquirido un nuevo sentido en la Pasión de Cristo (SD 18).

La parábola del Buen Samaritano nos revela que el cristianismo no es una ideología ni una mera observancia religiosa, sino una experiencia viva de misericordia. Todos estamos llamados a vivir esta doble dimensión: ser samaritanos que se inclinan y heridos que se dejan amar. Seguir a Cristo implica caminar por el mismo camino del samaritano, sabiendo que cada herido es una oportunidad concreta de amar como Él nos ha amado.



La compasión del Samaritano

Amar llevando el dolor del otro



Iluminar nuestra realidad desde el Evangelio de la Misericordia



La parábola del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37) es uno de los relatos más conocidos y profundos del Evangelio. En ella, Jesús no solo responde a la pregunta “¿quién es mi prójimo?”, sino que revela el corazón mismo del cristianismo: la compasión activa, concreta y universal.

Esta parábola interpela tanto a quien ayuda como a quien necesita ser ayudado, y nos coloca frente a una verdad exigente: todos estamos llamados a ser samaritanos, pero también, en algún momento de nuestra vida, somos el hombre herido al borde del camino. En un mundo marcado por la indiferencia, la prisa y la fragmentación social, la figura del Buen Samaritano se vuelve un modelo indispensable para la vida cristiana y para la misión de la Iglesia.



1. Fundamento bíblico: “Vio, se compadeció y se acercó” (Lc 10, 25-37)

El contexto de la parábola es un diálogo entre Jesús y un doctor de la Ley, quien busca justificarse preguntando: “¿Y quién es mi prójimo?” (v. 29). Jesús responde con una historia concreta.

El relato describe a un hombre que baja de Jerusalén a Jericó y es asaltado, golpeado y abandonado medio muerto. Pasan por el camino un sacerdote y un levita, pero ambos ven y pasan de largo. En cambio, un samaritano, considerado extranjero y hereje por los judíos, ve, se commueve profundamente, se acerca, cura las heridas, carga al herido y se hace responsable de él (v. 33-35).

La frase clave es “se compadeció”, que expresa una misericordia que nace de las entrañas. Es el mismo verbo que los evangelios usan para describir la compasión de Jesús ante el sufrimiento humano (cf. Mt 9,36; Mc 1,41). Jesús concluye con una pregunta decisiva y un mandato claro: “Ve y haz tú lo mismo” (Lc 10,36-37).

2. El Buen Samaritano como imagen de Cristo y de la Iglesia

La tradición de la Iglesia ha visto en el Buen Samaritano una figura de Cristo mismo. San Agustín interpreta al hombre herido como la humanidad caída, y al samaritano como Cristo que sana con el aceite y el vino —símbolos de los sacramentos— y confía al herido a la posada, imagen de la Iglesia.

El Catecismo afirma que Jesucristo hace de la caridad el mandamiento nuevo (CEC 1823), y el Concilio Vaticano II recuerda que las angustias de los hombres son también las de los discípulos de Cristo (GS 1). La Iglesia está llamada a ser samaritana. El Papa Francisco lo reafirma en Fratelli Tutti: “El Buen Samaritano se detuvo, se hizo cercano y curó las heridas del otro. Esa es la clave de una sociedad verdaderamente humana” (FT 67).

